



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

El Buscapié. Donde se cuenta lo que le sucedió al autor, cuando caminaba á Toledo, con un señor Bachiller con quien topó.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



EL BUSCAPIÉ. (A.)

Donde se cuenta lo que le sucedió al autor, cuando caminaba á Toledo, con un señor Bachiller con quien topó.



SUCEDIÓ, pues, que yendo yo camino de Toledo, á pocos pasos que me alongué de la Puente Toledana, vi venir derecho hácia mi un señor bachiller, caballero en un cuartago muy villano de talle, ciego de un ojo y no muy sano del otro, y aun de los pies, segun que se colegia de las muchas reverencias que iba haciendo para caminar (B). Saludóme muy mesurado y muy á lo bachiller, y yo á él con buena cortesía; y fué lo bueno que pasó á lo largo, picando á su malhadado rocin con propósito de hacerlo andar con mas furia, si alguna pudiera ya tener, siendo tan cargado de años y de mataduras, que ponía grima de solo mirallo.

Porfiaba mi bachiller en aliojarle las riendas, y él sin reparar en ellas, no salia de su templanza; porque era muy recio de quijadas y no menos duro de asiento, y aun imagino que debiera ser sordo, segun las voces que daba su dueño para ayudarle en el trote, y él proseguia sin tener respeto de ellas, como si fueran echadas en el pozo Airon ó bien en la sima de Cabra.

Con estos trabajos caminaba el bachiller castigando á su cuartago, unos trechos con la espuela, y otros queriendo con la voz avivarlo, y esto con no pequeña risa mia; pero como el nieto de Babiéca, con ser taimadísimo, se ofendiese de tantas y tales porfias, se resolvió en no querer caminar adelante, sino que cuando mas era molestado, tanto mas se iba retirando atras. Con esto el bachillerejo salió fuera de sí, y dejando caer el fieltro con que caminaba, quiso mostrarse ferocísimo con el llagado animal, y tener en poco la soberbia y fantasía y real pensamiento que tan contra su natural condicion, de suyo mansísima, habia lomado; y así comenzó de herirlo de furiosa manera, pero no tan sin provecho como él imaginaba; porque el cuartago sin-

tiéndose (que no debiera) de los golpes de la vara, que su dueño llevaba aparejada para ello, comenzó á cocear; y no bien dió dos ó tres coces en el aire y otros tantos corcovos, cuando dió con él en tierra.

Yo que ví aquel no pensado desastre, piqué á mi mula (que era algo que pasicorta) y á tiempo y cuando que el bachiller se rovolcaba por el suelo dando furiosos alaridos y echando de su boca cuarenta pésetes y reniegos con ciento y veinte votos y por vidas, tuve las riendas y me apeé de mi cabalgadura, diciéndole: Sosiéguese vuestra merced y hagámela muy grande, alzándose si puede, y prosiga su camino:



que todas estas incomodidades son anejas á los que caminamos en cabalgaduras tan ruines. La vuestra, respondiome, será la ruin, que la mía de puro buena, me ha puesto en este estrecho. Mesuréme, como pude, para enfrenar la risa que ya punaba por salir afuera, y con el mayor comedimiento que supe, ayudélo á levantar; y no bien se puso en pié con mucha dificultad y trabajo como aquel que habia recibido un tan gran golpe, cuando contemplé en él la mas estraña vision del mundo. Era pequeño de cuerpo, aunque esta falta suplía con una muy gentil corcova que llevaba en las espaldas, como si fuera soneto con estrambote: la cual le hacia mirar mas bajo de lo que él quisiera (que mal año para el licenciado Tamariz que con su buena y mucha gracia y claro ingenio tantas estancias y ovillejos solia escribir en loor de los corcovados) (C). Sus piernas por lo estevadas á dos tajadas de melon eran asemejadas, y sus pies muy desembarazadamente calzaban sus doce puntos (con perdon sea dicho) y aun pienso que les bago muy grande agravio en quedarme tan corto en la medida, donde se echa de ver la largueza con que natura suele dar las cosas á los mortales.

El bachiller, que en esto se habia llevado las manos á la cabeza para ver si los

cascos eran rompidos, comenzó á resentirse del quebrantamiento de sus huesos; y como él no estaba obligado á entenderse mucho de las cosas de medicina, preguntóme con voz enferma y lastimada que pues era doctor (y esto decia por verme caminar en mula) (D) ¿qué remedio hallaria para sanar su molida salud? Yo le repliqué que no era doctor, pero que aunque fuera un Juan de Villalobos (E) en los tiempos antiguos, ó un Nicolao Monardes (F) en los presentes, con todo eso no podría ordenarle cosa que fuera de provecho para el mal recado que en él habia hecho su cuartago, si no remitia su desgracia, para que no fuese tanta, al descanso y al dormir; y así que lo que mas conveniente me parecia para poner en cobro su aporreada salud, que pues se iba ya entrando á mas andar la mañana, que nos acogiésemos á la sombra de unos árboles que cerca estaban del camino y que un buen trecho reposásemos á su abrigo de la inclemencia del rojo Apolo, hasta que con menos calor y con los huesos menos molidos pudiese cada cual tomar su vía.

¡Que me place! dijo el bachiller con el mismo tono afeminado y doliente. Pero ¿quién habia de imaginar, aunque fuera zahorí, que por la mala é impaciente condicion de esa bestia ferocísima habria de estar hoy acardenalado á partes el cuerpo de todo un bachiller graduado por la Universidad de Salamanca y no por la de Alcalá, que es á dó van los estudiantes pobres á graduarse, pero pierden por no serlo en Salamanca las mismas exenciones y franquezas que han los hijosdalgo de España? Pero ¡ay triste de mí! ¿que tal desastre me suceda? Bien me avisaron en la posada que era muy soberbio y de mala condicion, aunque bueno en lo demas. Fuera desto que él es de buen pelo, por lo cual muestra bien su complexion gallarda y buena voluntad; son justos y formados con debida proporcion sus miembros; tiene lisos, negros y redondos los cascos ó vasos, y á mas anchos, secos y huecos por debajo: la corona del vaso es ceñida y pelosa: las cuartillas cortas y ni muy caidas ni muy derechas, y así es fortísimo de bajos y muy seguro para las caidas. Gruesas son las juntas, y por sus cernejas tiene grandes señales de fuerza. Las piernas son anchas y derechas: los brazos nervosos con las canillas cortas iguales y justas, y muy bien hechas, y las rodillas descarnadas, llanas y gruesas: las espaldas son anchas, largas y fornidas de carne: el pecho redondo y ancho: la frente ancha y descarnada: los ojos negros y saltados: las cuencas de encima llenas y salidas hácia fuera: las megillas delgadas y descarnadas: las narices tan abiertas é hinchadas que casi se mira en ellas lo colorado de dentro: la boca grande y toda la cabeza seca y carneruna, descubriendo las dilatadas venas en cualquiera parte de ella (G).

Yo que vi en esto que se preparaba á seguir narrando una por una las virtudes y escelencias que el cuartago ni toda su casta tenian, salteóle la razon diciéndole con voz reposada: Perdóneme vuestra merced, señor Bachiller, si yo no veo ni aun á duras penas en su caballo las cosas y lindezas que al parecer de vuestra merced se encuentran en él juntas y ordenadas; y si no se me han pasado de la memoria sus advertimientos, las piernas que vuestra merced llama derechas y juntas, yo las veo torcidas y separadas, y el pelo que vuestra merced lo pone sobre las estrellas está lleno de mataduras, y en cifra todo él es tendido, flaco y atenuado: y en cuanto á los ojos que vuestra merced mira negros y saltados, saltados vea yo los negros míos, si no rebientan por ellos los malos humores que tienen perpétuo asiento y manida en ese rocin de tan ruin figura.

No recibió ningun enojo de estas atentadas razones, antes bien con poca confusion á lo que mostró, dijo: Pudiera bien ser lo que vuestra merced dice, y no ser lo que yo he visto y creído; porque ha de saber vuestra merced que en todo cuanto he dicho no he salido de los límites de la razon, segun se me alcanza; y si no la tuviere ello, como vuestra merced la tendrá en lo que dice, deberá de consistir en esta mi cortedad de vista que desde mis verdes años, acrecentada con el mucho leer y no pequeño escribir, ha dado en alligirme muy obstinadamente. Y ha de saber vuestra

merced que yo sali de mi posada con muy lindo par de antojos; pero por mis malos pecados este potro.....

Rocin querreis decir, dijele yo; y él prosiguió su razon diciendo: Sea rocin, si rocin es y si rocin quereis que él sea. Pues heis de saber que este rocin, como vuestra merced es servido de llamarle, al salir hoy de la posada dió cuatro ó cinco corcovos, que en la suma de ellos no estoy cierto: los cuales, sin ser yo parte á repararlos, dieron conmigo en mitad del arroyo: de do salí algo molido y maltratado, y entonces debieronseme de perder los antojos. Y esta fué la peor de todas las caidas que por voluntad de algun demonio de mal espíritu, que se le reviste á este animal dentro del cuerpo, he recibido en esta mañana tan trágica para mi.



¿ Luego fuisteis otra vez, proseguí yo, derribado por la cólera impaciente de ese cuartago, viva espuerta de huesos andando? Aquí dió un gran suspiro el bachiller, que parecia haberle sido arrancado de lo íntimo del alma, y respuso: Pues monta que son seis las ya sufridas, si no una, y aun esa fue al pasar la puente de Toledo que á no tenerme de las crines no pudiera dejar de venir á tierra aceleradamente, donde hubiera fenecido conmigo mi viaje aun antes de ser comenzado. Pero en resolucion mejor fuera que el tiempo que gastamos en vanas palabras, mientras el planeta boquirubio quiere con tanto ardor derretirnos los sesos, que busquemos á las frescuras y sombras de aquellos copados árboles un lugar donde pueda encontrar treguas, si no descanso, á las desdichas que tan porfiadamente han dado en oprimirme. Y si os parece, dejaremos arrendados mi potro ó rocin y vuestra mula á los troncos de

algunos dellos, si no quereis mejor que anden repastando las yerbecillas que en este campo tan abundantemente nascen para gusto y sustento de los ganados.

Hágase la que vos quisiéredes, respondi yo, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de estar hoy en compañía de vuestra merced, á quien ya tengo una muy entrañable aficion con mucho contento mio, ahí sestearemos un buen trecho hasta que la cólera de los rayos del rubicundo Febo se vaya mitigando con la caída de la tarde.

Vamos allá, dijo entonces mi bachiller, que para divertir la fatiga que suele ocasionar en el ánimo la ociosidad, traigo aparejados sendos libros, ambos de apacible entretenimiento, pues el uno es de versos espirituales, mejores que los de Cepeda (H), y el otro de muy llana prosa, aunque de poca propiedad y entendimiento; y si en vez de caminar de Madrid á Toledo, viniéramos de Toledo á Madrid, ya veríades dos escelentes libros que me ha de regalar el señor Arcediano, los cuales son de tanto provecho que tratan de todo lo que hay y puede haber en el universo mundo, y con ellos no hay mas que decir sino que un hombre se hace sabio por el aire (I).

Llegados que fuimos al lugar adonde estaban los copados árboles, despues de prender á los troncos de algunos nuestras gentiles cabalgaduras, asentámonos sobre nuestra comun madre la tierra; y ya aparejados para estar con todo el sosiego que pide en el ánimo el tan sabroso estudio de las letras, abrió mi compañero una bolsa de cuero dó venian encerrados los dichos libros. Abrió el primero, y vió que decia: *Versos espirituales para la conversion del pecador y para el menosprecio del mundo.*

Libro es de muy dulces versos, dijele yo, y de apacible y cristiana poesia: conoci á su autor, que era fraile de la órden de Santo Domingo de predicadores en Huelte, y era llamado fray Pedro de Ezinas (J). Seria hombre de buen ingenio y de muchas letras, segun se prueba de este librito que compuso, allende de otros que andan por el mundo escritos de mano, muy estimados de los doctos.

Con todo eso, prosiguió el bachiller, si he de decir mi parecer en puridad una cosa me es muy enojosa en este libro, y es que anden confundidos y mezclados los adornos y galas de las cristianas musas con aquellas que adoró la bárbara gentilidad. Porque ¿á quién no ofende y pone mancilla ver el nombre del Divino Verbo y el de la Sacratísima Virgen María, y Santos Profetas con Apolo y Dafne, Pan y Siringa, Júpiter y Europa, y con el cornudo de Vulcano y el hi de puta de Cupidillo, ciego dios, nacido del adulterio de Venus y Marte? Pues monta que por mucho menos de eso alborotóse el Padre Ezinas al ver en cierta ocasion que cada y cuando que decia en la Misa aquellas palabras de *Dominus vobiscum*, una vieja, gran rezadora, con muy gangosa voz respondia siempre ¡*Alabado sea Dios!* Sufrió esta impertinencia algunos días, pasados los cuales y viendo que no se amansaba la devota contumacia de aquella Celestina, volvió un dia el rostro con sobra de enojo, y le dijo estas palabras: Por cierto que habeis echado, buena vieja, los años en balde; pues aun todavia no sabeis responder á un *Dominus vobiscum* sino con un *Alabado sea Dios.* ¡Noramala para vos y para vuestro linaje todo, y entended que aunque es santa y buena palabra aquí no encaja! Razon teneis, amigo bachiller, proseguí yo, en la tacha que poneis en los versos de Ezinas; pero fuera della es uno de los mejores libros que en verso en lengua castellana están escritos. Y por su estilo levantado se atreve á competir con los mas famosos de Italia; y en confirmacion de esta verdad quiéroos decir una estancia que está en el comienzo de una de sus canciones que dice así:

Andad de la floresta
á sombras y frescuras
las bien apacentadas ovejuelas:
pasad la ardiente siesta

junto á las aguas puras :
pasciendo flores id y yerbezuelas :
vuestras cuidosas velas
tras vos irán guardando,
y los leales canes
con bravos ademanes
á las hambrientas fieras asombrando ;
que allí será contado
de un pastor triste el doloroso estado.

Ahora bien , dijo el bachiller , con todo eso que loais los versos de Ezinas , no me son tan agradables ni me hacen tan buena consonancia en los oidos como los de Aldana y los de un aragonés llamado Alonso de la Sierra (K) poeta escelentísimo que tambien ha escrito versos espirituales , y no ha tres dias que llegaron por la posta á Madrid , y estos tales sí que parecen ditados por el mismo Apolo y las nueve. Pero arrimando á un lado los de Ezinas , este otro libro no le estiman por ahí en dos ardites , y es porque solamente encierra necedades y locuras y otras cosas de razon desviadas y de tino , y es una cifra de todas las liviandades y sucesos inverosímiles de que están llenos otros tan dañosos como él á la república. Con esto abri las hojas y ví que en una de ellas se leia *El Ingenioso hidalgo* , con lo que á la hora quedé suspendido un buen trecho como aquel á quien asalta un súbito temor , y se le hielá la voz en la garganta. Pero encubriendo mi sentimiento repliqué á mi amigo el bachiller estas reposadas razones.

Por cierto que este libro que vuestra merced llama de necedades y de locuras es libro de dulce entretenimiento y sin perjuicio de tercero , y de muy lindo estilo y donosas aventuras , y que debiera su autor ser premiado y ensalzado por querer con discreto artificio desterrar de la república la lectura de los vanísimos libros de caballerías que con su artificioso rodeo de palabras ponen á los leyentes malencónicos y tristes : cuanto mas que su autor está mas cargado de desdichas que de años , y aunque alienta con la esperanza del premio que esperar puede de sus merecimientos , con todo eso desconfia al contemplar al mundo tan preñado de vanidades y mentiras , y que la envidia suele ofrecer mil inconvenientes para no dejar de oprimir á los ingenios y que anda en los siglos presentes muy valida por los palacios y las córtes , y entre los grandes señores : los cuales como están muy asidos de su parecer de desestimar á los que profesan el nobilísimo ejercicio de las letras , no hay fuerza humana que les pueda persuadir que se engañan en tener la opinion que tienen (L). Y por eso si quieren tener los ingenios algun poquito de autoridad , se la desjarretan y quitan al mejor tiempo , y de esta guisa los desventurados viven sin tener hora de paz.

Es cierto , dijo entonces el bachillerejo (M) , que toda la república cristiana no pone la imaginacion en pensar que los libros de caballerías son libros falsos y embusteros , y sus autores autores de mentiras y liviandades y cosas disparatadas : los cuales aunque no son loados de los sábios , el desvanecido vulgo los ha acreditado en tal manera , que hombres con barbas imaginan ser sucesos verdaderos aquellas bravísimas y desaforadas batallas de los andantes caballeros , y aquel salir de sus casas remitiendo á otros el cuidado de sus haciendas , ó no remitiéndolo , para buscar aventuras á que darles felice fin , y aquel llevar siempre colgado en la memoria el nombre de la señora de sus altivos pensamientos para que lo socorra en todos los peligros á que se aventura , sin haber para ello causa ni menester , sino solo por cobrar la buena fama en la tierra de hombre que no tolera desaguizados ni tuertos sin que los ponga en órden y los enderece : que en Dios y en mi ánima (y esto decia llenándose los ojos de agua) bastante falta me hace topar con uno de esos caballeros á ver si pone recado en esta mi corcova , que es uno de los tuertos que debiera haber sido

ya enderezado por las bazarrias de cual que caballero andante; que si no fuera por ella, y por estas tan ruines piernas y por esta figura y pequeñez de cuerpo, con un poco de largueza en la nariz, y algo de espanto en los ojos y una boca de oreja á oído, no habria mozo mas bizarro, galan ni gentilhombre en el mundo, ni mas deseado de las damas ni mas envidiado de los cortesanos, y de los niños y el vulgo señalado con el dedo. ¡Noramala para los mas galanes y lindos que andan por las calles de Madrid, ruando la persona! No que si no, haceos miel y paparos han moscas; pero no á mí que las vendo, que *soy toquera y vendo tocas*, que como decian á mi madre las vecinas, cuando yo me era niño pequeño, que era un vivo trasunto de mi señor padre que fue uno de las mas gallardos soldados que con el nunca vencido Emperador asistieron en la guerra de Alemania (N), y siempre en todas las mas bravas armas y escaramuzas que se daban á los enemigos, era de los que mas tarde embes- tian y de los que mas presto se retiraban. Y el capitan *Luis Quijada*, que era de los de Lombardia, topando con él escondido entre las ramas de un árbol, imaginando que era espia doble, mandó darle dos tratos de cuerda, y él se escusó con decir que estaba oteando desde allí á la infantería enemiga, porque si bien andaba muy fati- gada y esparcida y trabajada de las malas noches y armas y rebatos y encamisadas que los nuestros le solian dar, con todo habia sabido de boca de un aleman moribun- do (que era de los hereges) que los suyos se apercibian despues de hacer una falsa retirada á embestir de súbito nuestro campo por la parte de menos seguridad: con lo cual y por los ruegos de otros soldados que conocian el humor de mi padre hubo de perdonarlo *Luis Quijada* con presupuesto de que á la hora del alba.... Paso, se- ñor licenciado, díjeme yo, y mire por dó camina, que desde el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha ha ido saltando vuestra merced como avecilla de flor en flor hasta llegar á narrarme las empresas de su padre en la guerra de Alemania, que vienen aquí al mismo propósito que pudieran las de Mingo Revulgo ó las de Ca- lalinos.

A esto replicó mi bachiller: *Quien dijo Rodrigo dijo ruido*. Dios me hizo así, cuanto mas que Aristóteles condena en su política por malos hombres los callados, y de persona callada arriedra tu morada, y por eso suelo yo callar siempre como negra en baño.

Pero no me negará vuestra merced, si me la haceis tan grande en escucharme, proseguí yo viendo su humor de refrenar, que al buen callar llaman sage (O); por- que lo que dice el pandero no es todo vero. Con todo eso, dijo él, no creo que vues- tra merced no sepa que andando gana la aceña que no estándose queda; y de esta suerte, con perdon de vuestra merced, quiero referirle con bonisimas razones por dó vino á mi padre ser capitan.

Y fue que como un dia anduviese muy recia y estrechada la batalla con los alema- nes herejes, y él anduviese mirando y remirando por todo el campo aquel lugar mas oportuno de recatarse, con la imaginacion de que aun no era yo venido al mundo, ni aun engendrado, y por tanto guardándose para mayores cosas, comenzó en esto de buscar el modo y forma de sin ser visto de los de su campo ni los del de la liga, guardar su persona, como llevo dicho para mayores cosas.

O para menores, díjeme yo en este tiempo; porque si se guardaba para que vos viniédeses al mundo ¿hay en el mundo hombre mas pequeño que vos? y siendo vos la cosa mas pequeña, y guardándose para engendraros ¿cómo decís que se guardaba para mayores cosas?

Tambien he oido decir que soy pequeñísimo y con todo eso no lo he creido, pro- siguió mi bachiller, porque se me puso en los cascos que deberian ser hablillas del vulgo, y siempre lo tuve por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego.

Pues habeis de saber que andando por el campo de la manera que llevo dicho, y

viendo lo mucho y bien que se peleaba por los dos cuernos del ejército imperial, fe vino en deseo de meter mano á la espada que hasta entonces, aunque habia salido á la luz del sol en varias ocasiones de estrecha necesidad constreñida, luego al punto corrida y vergonzosa como criada con toda honestidad y recogimiento habia vuelto á la vaina sin ser teñida en sangre de los contrarios. Lo que ejecutó mi padre en la refriega es cuento largo y enfadoso, pero no lo es el fin y premio que tuvieron sus alientos y bizarrías; pues es voz y fama pública en Villar del Olmo mi patria y en sus contornos, que cargado de mas de treinta cabezas que habia cortado á los alemanes herejes, se puso despues de la victoria en presencia del claro Emperador, que entonces decia á su maestre de campo Alonso Vivas aquellas tres notabilisimas palabras de Julio César, trocando la tercera como debe hacer un príncipe cristiano: *Vine, ví, y Dios venció* (P). El Emperador satisfecho del vencimiento, y siendo hora de hacer mercedes, dióle la de capitan á mi padre; y aunque en esta ocasion no faltaron malas lenguas que dijesen que mi padre les habia cortado las cabezas á los muchos muertos que estaban por el campo, y que era como el que compra en la plaza las aves muertas, y se va dando autoridad por las calles con decir que él las mató, con todo eso, él se era capitan al placer ó pesar de los necios murmuradores que turban con sus lenguas la paz de la república; y si sus méritos eran buenos ó malos, no tema necesidad de ponellos en disputa con nadie... (R).

Pero díjele yo ¿podré saber á la fin, qué imagináis de este triste libro de don Quijote que vuestra merced llama preñado de disparates y vanidades? Y dígolo porque muchos que lo hilan aun mas delgado que vos, lo llaman el primero de los que de apacible entretenimiento se han compuesto en España, y dicen que está lleno de delicadezas y verdades. Es cierto que el libro va corriendo con no muy próspero viento por el mar adelante de los que critiquizan; y á buena verdad esta es una de las muchas desventuras que han asaltado á su autor; pero esta tardanza en ser estimado su libro de los doctos, redundará en resolucion en aumento de su gloria y fama: y donde no, si no se la dieren él los deja para quien son.

Este libro, prosiguió el bachiller, que vos quereis que sea tan cuerdo, tan donairoso y tan estimado, está lleno de vanidades, porque ¿no lo es y grande que bajo el presupuesto de desterrar del mundo la vana leccion de los embusteros libros de caballerias, por ser todos pura falsedad y embeleco, nos pinte otro mayor, como ver á un hombre desvanecido con las cosas que por tales libros se suelen topar, y salga de su casa en busca de negras aventuras, figurándose hecho y derecho un andante caballero, sin que sean parte á separarlo de tan livianos pensamientos los muchos palos que recibe para merecido castigo de su nunca oida sandez? ¿Cuándo ha visto su infelice autor que anden tales locos por la república? Y haciéndole aun mas preguntas, que no pudiera hacerlas mayores el señor Almirante defunto con todo de ser importunadísimo preguntador (S): ¿cuántos Palmerines de Ingalaterra, cuántos Florendos, cuántos Floriandos (T), y cuántos otros caballeros andantes muy armados de todas armas, como si se hubieran escapado de un viejo tapiz de aquellos que se suelen encontrar en las tabernas (U), ha visto torciendo derechos y desaguizando lo bien compuesto y de todo punto aderezado? De donde arguyo que á mas á mas decirle—hia que cultivase su buen ingenio, que sin duda lo tiene, para mejores cosas y que se deje de proseguir su desdichado libro, porque no es él quien ha de deshacer la autoridad y cabida que en el vulgo maldiciente tienen los libros de caballerias. Pues esto y mas le dijera, que palabras me sobran, y aun bien creo que aunque fuera mudo, quizás y sin quizás no me faltarán (V), y tanta memoria tengo como entendimiento, á que se junta una voluntad de corregir y castigar los ajenos defectos ya que no puedo enmendar los míos, como estas villanas piernas y esta tan galana corcova. Y habeis de saber que soy un gran filósofo, porque he deprendido en la nueva filosofia de doña Oliva (X) el conocimiento de mí mismo; que quien esto ha

conseguido no ha conseguido pequeña cosa. Y no desprecieis su doctrina por ser salida de mujer, que muchas ha habido en el mundo dignas de toda veneracion y respeto; y sin ir mas lejos, ahí teneis á la defunta condesa de Tendilla, madre de los tres Mendozas cuyos nombres aun viven y vivirán por luengos siglos en las voces de la fama (Y): y ahí teneis tambien á Madama Passier (Z) cuyo raro ingenio y memoria y elocuencia la muerte se ha llevado tras sí como los pámpanos octubre (AA); á la cual por sus muchas letras le fueron hechas muy grandes y solemnissimas exequias, y á su memoria se hicieron muchos y muy doctos versos. Y aun bien, segun creo, que debe de haber llegado á la corte un libro cargado de sus cartas llenas de erudicion y de moralidad, que en tales debiera estudiar el autor del lacerado de don Quijote.

¡Cómo qué! ¿es posible, amigo y señor bachiller, repliquéle yo, que vuestra merced defienda tan acerbamente que no andan caballeros andantes por el mundo en esta nuestra edad de hierro? ¿Tan falto sois de memoria que no se os acuerden los muchos caballeros que dieron en la flor de tener por verdaderas estas vanidades de que están llenas las historias, que son sabidas de coro hasta del vulgo necio? Y en resolucion yo os voto á tal de traerlos á las mientes las locuras de aquel tan famoso caballero don Suero de Quiñones, de quien se dice que con nueve gentiles hombres demandó licencia al muy alto y muy poderoso rey de Castilla don Juan II para partirse de la corte y rescatar su cautiva libertad (que estaba en prision de una dama) con romper en el término de treinta dias trescientas lanzas con los caballeros y gentiles hombres que fuesen á conquistar la aventura: y bien debedes de saber que el dicho caballero don Suero de Quiñones defendió el honroso paso cerca de la Puente de Orbigo, y que se quitó aquel fierro del cuello que llevaba preso en él continuamente todos los jueves en señal de servitud y cautividad, y que fueron defensores y mantenedores del paso Lope de Estúñiga, Diego de Bazan, Pedro de Nava con otros hijosdalgo hasta nueve, todos andantescamente enamorados. Los cuales todos quebraron lanzas con mas de setenta aventureros que eran allí venidos para probar sus fuerzas y bizarria. Y en resolucion, si estos no fueron andantes caballeros de carne y hueso, y no como los mal fingidos, responderlo-heis, bachiller amigo, demas que del paso honroso, hay libro escrito por un fraile que se llama tal de Pine-da (BB) que lo abrevió y coligió de un libro antiguo de mano, segun que lo vereis en letras de molde, andando por esos mundos. Y aun bien que no se os habrá ido del entendimiento la aventura del canónigo Almela, que se halló en la conquista de Granada con dos escuderos y seis hombres de á pie: el cual por el mucho amor que tenia á las cosas de caballeros andantes, sustentaba cerca de sí vejezes y cosas viles de ningun provecho: el cual llevaba colgada del cinto una espada que decia ser del Cid Ruy Diaz por ciertas letras que en ella estaban escritas, aunque no se podian leer ni menos desentrañar de ellas el sentido (CC).

Mucha fuerza me hacen vuestros argumentos, seor soldado, pero con todo eso os he de replicar que tales hazañas fueron hechas en los tiempos antiguos: y que ya sin ir mas lejos vimos en los de la Cesárea Majestad del inclito emperador Carlos V, cuando este dijo á todo un arzobispo de Burdeos, ni mas ni menos que si fuera el arzobispo Turpin, que dijera al rey de Francia que lo habia hecho ruin y villanamente, y luego vimos venir un faraute del rey de Francia con otro faraute del rey Enrico de Inglaterra para que fuese con ellos en palenque segun los fueros de la andante caballeria.

Y bien se me acuerda por haberlo oido de boca de mi padre y señor, que (en paz sea dicho) era hombre muy usado en estos puntos de honra aunque él no los usaba por ciertos respetos, que el gran emperador (DD) viéndose desafiado con toda la solemnidad de las leyes del duelo, pidió consejo en lo que deberia hacer, al duque del Infantado don Diego su primo; y este le aconsejó que de ningun modo lo aceptase

porque dello resultaria que siendo tan grande la deuda que con S. M. tenia el rey de Francia, y remitiendo la satisfaccion de la paga á las armas, haria ley en su reino de que todas las deudas conocidas habrian de pasar por el rigor de las armas, cosa contra la razon y la justicia. Estas bizarrías solo se ven ya en los embusteros y necios libros caballerescos, y en las comedias que dellos son tomadas en nuestros tiempos, que en los de Lope de Rueda y Gil Vicente y Alonso de Cisneros (EE) aun no habian osado de parecer en los teatros. Y si os he de tratar verdad, mucho me holgara que volviese aquel buen tiempo pasado de las andantes caballerías. Entonces si que me viéades salir una mañana á la hora del alba con mis monteros grandes y pequeños y con mis alanos y sabuesos (FF), vestido de una ropa que tendria lo de encima de cuero y el aforro de esquirols, como usaban los grandes señores cuando iban á monte, y tomar en mi cuello una bocina, y cabalgar en mi cuartago con mis monteros, y cuando estuviésemos en lo mas recio de la montería, sobrevenir sobre nos una tormenta y viento y agua con gran furia y en gran manera y me perder con la luenga escuridad en lo mas entrañado del monte, do ánima ninguna osaba de penetrar por las muchas y malas animálias que allí tenian su asiento. Y allí topar no con un desaforado bárbaro fanfarron, sino con un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, que andará perdido en aquellas malezas, y habrá partido de su corte sin acompañamiento á ejercer el ejercicio de la andante caballería, y se llamará el caballero del Grifo ó de la Roja Banda; el cual será muy cuerdo y de muy sanos consejos; y viendo que yo soy un caballero de tan alta guisa y pró, para mostrar la liberalidad de su buen pecho, me dará consolacion en mis cuitas. Y cuando no os me cato, asomará por acullá un enano, diciendo con voz temerosa y rostro espantable y feo: *Aparéjate, caballero del Grifo ó de la Roja Banda, ó como quier que te llames, para dar cima á la mas asombrosa aventura que se ha presentado jamas á caballero andante. Pues has de saber que la princesa Bacalambruna que por muerte de su padre Borborifon el de la tuerta nariz, es dueño de aquel encantado castillo que ves blanquear á lo lejos en aquel apacible llano, y orillas de aquel caudaloso rio, está ferida y llugada en el amor de tu gentileza, porque con ella has echado el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. Cuando la noche descoja su temeroso manto has de caminar al castillo, cuyas puertas te serán francas si quisieres gozar de la mucha fermosura de tan fermosa Princesa.* Y luego que se quite de delante de nuestros ojos aquel tan espantable enano, me dirá el caballero del Grifo que no puede ir al castillo encantado por no cometer vileza con aquella infanta; porque ha dias que andaba enamorado de Arsinda, hija del rey de Trapobana Quinquirlimpuz. Con esto me vendrá en voluntad de holgar con una doncella tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos pondrá admiracion su vista, si de alguno se dejara ver, y subiré en mi impaciente cuartago y sin darle descanso caminaré mi camino hasta llegar á las puertas del encantado castillo. Y mi cuartago con la gran hambre y fatiga de la jornada querrá comer, y yo le abajaré las riendas; mas él por estar mas desembarazado y mas á su placer tirará pernadas para que yo descienda, y yo descenderé, y luego que lo haya desenfrenado ó arrendado al tronco de alguna encina, entraré en el castillo con muy buen ánimo y sin que nadie me salga á estorbar el paso, ni me salga á rescibir, cosa tan contraria á las leyes de la cortesía. Y como ya en esto la noche habrá sobrevenido, hé aquí que en el patio de aquel tan desierto castillo, toparé con una antorcha encendida que se me pondrá delante de los ojos sin ser de ninguno llevada, y yo caminaré en pos della: la cual se meterá en un riquísimo palacio de oro y plata, aljófár y piedras preciosas, cuyos estrados serán de muy fina seda y paramentos de oro. Y en llegando á una hermosa cámara se apagará por sí misma la antorcha, y vendrá la princesa Bacalambruna, enamorada de las buenas partes del caballero del Grifo, y creyendo que soy yo, se me entregará á todo mi talante y voluntad, y comenzaremos con esto á burlar de manera que doncella (si lo era) que-

dará hecha dueña ; y desque ella se cansare, se adormirá , y yo para conocer su fermosura sacaré una lanterna , que llevaré aparejada para solo ello oculta entre mis ropas ; y tomaré una candelilla que vendrá dentro , y con su luz veré el rostro de la princesa , que será la mas hermosa del mundo ; pero por mi negra fortuna caerá una gota de cera sobre sus pechos (HH), con lo cual ella despertará , y quedará de todo punto espantada al ver que no soy el caballero del Grifo, sino un corcovado y narigudo caballero. Y como ella será de parecer que mi corcova es una imperfeccion , cuando no es sino uno de los muchos regalos con que natura suele enriquecer á los mortales, porque no hay mas linda cosa que los adornos en todas las que se ven por el mundo, y que estar un hombre sin una muy gentil corcova, sin una luenga nariz ó boca grande ó pies larguísimos es lo mismo que estar á cureña rasa, se pondrá loca de furor al verse burlada y descubierta, y saldrá de la cámara para disponer mi muerte (LL). Yo en esto llamaré en mi ayuda á algun maligno encantador , que para mas malignidad hará como que no me oye. Pero una dueña á quien yo jamas eché polvo ni paja , de las mas viejas y mas honradas que nacieron en aquel reino de Transilvania, y que se llamará Mari Hernandez ó Juana Perez, enamorada de mí , vendrá á deshora á la cámara , y me tomará por la mano , y me llevará por la sala , donde habrá varios hombres aparejados para darme muerte ; los cuales pondrán mano á las



espadas y bisarmas para lo hacer , y lo harán á no ayudarme mi buena fortuna y Mari Hernandez la dueña mas hermosa de Transilvania ; la cual les dirá : *Estad quedos , señores , que no es este el caballero que la princesa mandó matar : mas es un escudero que envía sobre la mar. Cuando saliere el otro matadle. Y con esto me pondrá en el campo,*

y yo subiré en mi cuartago, y ella dará un gran suspiro, y yo le ofreceré de casar con ella cuando vuelva por aquel castillo (que según el desaguado que dejaré hecho, será nunca), pero en aquella hora yo deberé ofrecer todo cuanto pudiere cumplir y aun lo que no pudiere. Desemana tomaré el camino á la ventura y toparé con una buena que será llegar á una ciudad y á la plaza donde estará el emperador en un palenque con su hija, vestida de costosísimos brocados, sentada en un suntuoso pabellon guarnecido de preciosa pedrería; y será ella tan feísima que mas parecerá demonio escapado del infierno que criatura humana. Y como será una doncella que estará rabiando por dejallo de ser, se habrá puesto en la plaza á esperar que acudan andantes caballeros á conquistar con las armas la posesion de la mucha fermosura que no tiene. Y como no será venido hasta entonces alguno, yo entraré en medio de la plaza á probar fortuna, y el vulgo ignorante y mal intencionado, al verme comenzará á decir por darme vaya: *Aquí viene el caballero de la espantable corcova, la flor de la caballería*. Y yo metiendo espuelas á mi caballo quebraré una lanza en el suelo delante del cadabalso; y mi cuartago, como siempre, dará tales saltos, corcovos y carreras que dará conmigo en tierra, y con el gran golpe se harán pedazos mis calzas atacadas, descubriéndose cosas que no fuera menester que vieran la luz del sol. Con esto la princesa enamorada de mí, porque conocerá que soy hombre de muchos brios y grande aliento para el matrimonio, rogará á su padre que me conceda su mano: el cual conociendo que su hija habia corrido el mercado de los andantes caballeros sin topar con comprador, y que era por tanto joya invendible y ducado falso, me llamará al cadabalso y me dará en premio de mi bizarría la princesa y un reino en dote, cuyos vasallos serán enanos todos. Y así de bachiller por Salamanca y no por Alcalá, vendría á ser nada menos que rey; con lo cual no faltaria alguno de mis vasallos cuantos en mi córte fueren, que compusiese en la lengua de aquel reino, no conocido aun de los mas sábios cosmógrafos, un poema en loor de mis hazañas; y no faltaria tampoco algun honrado encantador que para que ese poema fuese puesto en lengua castellana, resucitaria para solo ello al licenciado Juan Arjona (MM).

Pero, amigo bachiller, respondí yo, de la cuerda respuesta del duque del Infantado al invictísimo emperador no se colige que ya anduviesen desterrados del mundo los verdaderos caballeros andantes; porque entonces vivia aunque muy oprimido de la vejez Micer Oliver de la Marcha, caballero cortesano del duque de Borgoña Filipo el Bueno, y despues de su hija doña Maria, esposa del emperador Maximiliano, de quien vino el rey don Filipo el Hermoso que casó con doña Juana hija de los reyes Católicos. Y como él fuese testigo de los trabajos que pasó la escelente princesa Madama Maria, siendo perseguida ella y sus estados, de quien mas obligacion tenia de favorecellos, llevaba siempre consigo un mote que en su lengua borgoñona queria decir:

« ¡TANTO HA SUFRIDO LA MARCHA! »

el cual usaba por sobrenombre. Y este escribió un muy ingenioso libro que tales fueran los que andan por la república llamados de caballerías, no siendo mas de preñados de locuras y vanidades. El cual libro quiso intitular *El Caballero Determinado*, que luego puso de lengua francesa en castellana con muy gentil aliño el caballero don Hernando de Acuña (NN) en dulcísimas coplas castellanas, superiores á todo encarecimiento, como se ve en aquel comenzar su libro con estas tan agradables razones:

En la postrera sazón
del tiempo y aun de la vida,
una súbita ocasion
fue causa de mi partida
de mi patria y mi nacion.
Vendo solo en mi jornada,

á mi memoria olvidada
despertó mi pensamiento,
renovando el tiempo y cuento
de la mi niñez pasada.

Y no se os viene á la memoria cuando Mario de Abenante, caballero napolitano, desafió á don Francisco Pandon, un caballero tambien nacido en el mismo reino; y que andando los dos muy fieramente riñendo en el palenque, don Francisco dió una muy gentil cuchillada al caballo de Mario sin ser advertida de este, el cual como no estuviese avisado del daño que le iba á sobrevenir con caer en tierra, un su tio que estaba sobre la estacada, comenzó de hacerle señas para que se apease; y apeándose con grande desembarazo, hirió al caballo que su contrario regia. Y como empezase este á resistir al freno y á hacer grandes desdenes, fue forzado don Francisco á rendirse. Y desta accion quedó muy vituperado Mario y mal visto de las gentes y en opinion de hombre traidor y cobarde. Tambien os debereis de acordar de otros sucesos de caballeros andantes sucedidos en los tiempos presentes, tales como aquel de Leres, cuando habiendo desafiado á otro llamado Martin Lopez y venidos los dos á combatir en Roma con lanzas y corazas, andaban escaramuzando y buscándose las escotaduras de las armas para herirse de muerte. Y acaeció que tropezando el caballo de Martin Lopez vino á tierra, quedando de aquel gran golpe y dolor algo adormido, y Leres creyendo villanía rematar allí á su contrario, echó pie á tierra. Pero avínole mal, porque tropezando en sí mesmo cayó, y viéndole el Martin Lopez que ya estaba levantado, y temiendo que la fortuna no se le mostrara otra vez madrastra, fue sobre Leres y allí villanamente lo venció. Y dejando esto á un lado, ¿no se os viene á la memoria el felicísimo viaje del señor rey don Felipe II (que esté en gloria) cuando, siendo principe, fue desde España á sus tierras de la baja Alemaña, y á todos los estados de Flandes y de Brabante? Pues en letras de emprenta corre escrito por Joan Calvete de Estrella... (OO)

Calvo me vea yo, sobre lo de la corcova, y á mas á mas estrellado por mi cuartago (dijo el bachiller) en lo que me resta de camino (que segun su mucha maldad y malos pensamientos, imaginó que me regalará con despedirme de sí como ya lo ha hecho, no sin mucho quebrantamiento y dolor de mis huesos), si el tal libro no es de los mas entretenidos que se han compuesto desde que el mundo es mundo y hay quien estampe; y en él todo es llaneza y verdad: las cuales cosas no suelen caminar siempre con los historiadores, de que se sigue el acreditarse mentiras y sucesos que jamas pasaron. Mi padre fué tambien en el acompañamiento del principe y por cierta desventura y desaguizado que allí le aconteció con una que era doncella sobre su palabra, hubo de tomar la vuelta de España, donde en el camino le sucedieron muchas mas aventuras que al mónstruo de fortuna Antonio Pérez (PP). Y en resolucion, con ánimo triste y mohino como si de algun mal áspid hubiera sido herido...

Yo entonces salteéle la razon, receloso de que me embocase otro tan pesado é impertinente cuento como el pasado, y por eso imite á la sierpe que con extraña dureza se atapa los oidos para hacerse sorda y no escuchar la voz del encantador, y proseguí diciendo:

Pues como sabeis, en Bins parecieron ante el emperador *Semper Augusto* y el principe su hijo varios caballeros estantes en aquella villa, y le dijeron ser llegada la hora en que se habian recogido en la Galia Bélgica junto á Bins sobre una vieja calzada, un encantador enemico de la virtud, de la igualdad y de la andante caballería... ¿Y no os acordais, respuso (QQ) el bachiller, del nombre de ese encantador? No á la fé, repliquéle yo, pero seria espantable como lo son todos los destos malignos espíritus que viven en los infelices libros de caballerias. Yo he oído contar de cierto autor de estos tales, que estuvo muchos dias puesto en confusion sin acer-

tar con el nombre que daría á un encantador que introducía en una de sus fábulas, y sin saber cual respondería mejor á su mucha malignidad y soberbia; y como estuviese un día en casa de un su amigo jugando con otros que tambien lo eran suyos, á los naipes, oyó que el señor de la posada decía á un criado: *Hola: Celio, trae aquí cantos.* Sonáronle tan bien estas palabras, que levantándose de la mesa dó jugaba, sin decir la razon ni de nadie despedirse, fuése derecho á su casa á escribir el nombre de *Traquicantos* que tan buena consonancia le habia hecho en los oidos.

Pues este encantador de Bins, proseguí yo, por sus diabólicas artes tenia puestos en confusion y asombro á los naturales de aquellas tierras, haciéndoles toda manera de males, y amenazándolos con hacerles otros mas feroces, y en cifra como los caballeros habian sabido que este tan malicioso encantador tenia su morada y perpétuo asiento en un palacio de tal forma encantado (RR) que continuamente estaba envuelto y encubierto en una tan espesísima y muy oscura nube, que era estorbo á cuantos querian emprender la empresa de reconocer aquel tan espantable y temeroso sitio, dó ánima ninguna por muy alentada que fuese osaba de se acercar; pero que una princesa muy amadora del bien, y que entendia muy mucho de la ciencia de lo por venir, viendo lo dañoso que era para gente tan noble la ferocidad de aquel encantador mas maligno que Arcaus (SS) y mas herege que Constantino (TT), proveyó que en una peña alta estuviera hincada una espada de tal virtud, como declaraban estas letras que quiso poner para admiracion de todos:

« Que el que sacare fuera la espada del dicho padron, dará tambien fin á las aventuras, y deshará los encantamientos, y librará á los prisioneros del cruel cautiverio en que están, y finalmente echará en el abismo al dicho castillo tenebroso, y demas desto alcanzará una infinidad de otras muchas buenas venturas, aunque aquí no se declaran, que les son prometidas y destinadas.

Con esto demandaron licencia al emperador para fenecer esta tan espantable aventura; y de dársela holgó mucho el emperador, y dióselo en efecto; y aquellos caballeros todos estuvieron dos dias haciendo representaciones en presencia de S. M. y del príncipe, de cuantas locuras se leen en los libros de caballerías que para desgracia de las repúblicas, fueron por la ociosidad inventados. Vuestra merced mire y advierta y considere con toda la doctrina que en sí puede encerrar todo un señor bachiller en leyes, el número de los caballeros que se ocuparon en hacer tales fiestas, ó por mejor decir, locuras y vanidades; y que á todas dió su consentimiento el emperador y el príncipe don Felipe, y que estuvieron en ellas muy regocijados (UU), y diga vuesa merced sino existen otros tales locos como el ingenioso manchego en el universo mundo, cuando son tantos y tan honrados y tan favorecidos de los emperadores y de los reyes. En resolucion, los necios de que está poblada la república cristiana, no llevan sufridamente, que con la lectura deste libro se convenza el mal limado vulgo de que en los caballerescos solo se pintan sucesos inverosímiles y enemigos de la verdad y de los buenos entendimientos; y por eso trabajan tanto y con tanta obstinacion y con ánimos enconados y voluntad muy torcida contra el ingenioso hidalgo don Quijote, buscándole tachas y haciendo inquisicion en todas sus aventuras para inferir dellas maliciosamente que no hay en el mundo los locos que fingen los libros de caballerías, cuando dellos están pobladas las córtes de los reyes (cuanto mas las aldeas). Los cuales entre el vario estruendo de los palacios no son conocidos; porque la córte es madre de los locos de todo género de locuras; y en suma, como son tantas y tales las que hacen, tantos los desatinos que dicen, y tantos los despropósitos y disparatadas empresas que sobre los hombros tan desavisadamente se suelen echar para mucho daño dellos, que no hay quien pueda separarlos de su mal ánimo y peor voluntad. Y esta es la ocasion de buscar defectos en el ilustre caballero don Quijote, claro espejo, no solo de todos los manchegos horizontes, sino de todos los de España; y aun pudiera decir del mundo, si no temiera exceder los límites de

mi modestia. A cuya causa es justo que en lugar de ser menospreciado un tan provechoso y bien ordenado libro, sea honrado y estimado de todos los buenos de la república: pues muestra que es el solo entre los de las vanas caballerías que con honesta y provechosa intencion fue escrito. Y no debe de ser tenido por tan vano como ellos al ver las locuras de don Quijote; pues hartos locos hay en el mundo, y no hay memoria que ninguno sea tenido por tal en el concepto de las gentes. Y por la honrosa determinacion que tuvo su autor como fue el querer desterrar la falsa orden de la andante caballería, con los agradables y sazonados y alegres entretenimientos que para plato del gusto nos ofrece en su verdadera historia.....

Aquí llegaba yo con el cuento de la mia, cuando el hélico cuartago, cuyas riendas mal prendidas por mi trágico bachiller, se habian soltado, le asaltó de súbito una fantasia y mal pensamiento que en voluntad le era venido: el cual era refocilar con la mula que cabe él estaba asida por las riendas al viejo tronco de una encina. Y como ella se sintiese de los malos deseos del cuartago, y era al fin doncella de toda honestidad y recato como criada en casa de padres honrados y con buenos y castos ejemplos, resistió muy zahareña y esquivaba los enfermos y dolientes halagos de la cabalgadura de mi negrísimo bachiller, y como virtuosa Lucrecia, aunque con mejor suceso (que tan destruido anda el mundo que á las mulas es ya solo reservado ser Lucrecias), (VV) defendióse muy bizarramente, disparando sendas coces contra su injusto forzador; pero con tanto acierto despedidas, que una de ellas fue á dar en el ojo que medio sano tenia; con que acabó de rematarlo, y otra en el pecho con que derribólo por tierra, que á segundarle hubieran fenecido allí las calamidades del cuartago y las caidas de mi bachiller.

El cual al contemplar aquel no pensado desastre, ocasionado por la sobra de dishonestidad y lascivos pensamientos, y el no esperado reyo y los brios que para mas altas cosas mostraba su cabalgadura, imaginó que estaba á punto de echar el último aliento por la boca, y allí fue el gemir y dar voces, lamentando su desgracia, y el poco recado que habia puesto en la guarda de aquella preciosísima joya que habia alquilado en el meson de Colmenares (XX), y allí fue el maldecir el punto y hora en que habia salido de la villa.

Yo para consolarlo, le dije: Aun bien, señor bachiller, que para que veais cuán lejos dábades del blanco, ha venido esta desdicha; pues debajo de su buen parecer de que el libro de don Quijote todo es vanidad y locura, poned pausa á vuestros suspiros, y traed á la memoria el cuento de otra tal aventura de Rocinante, cuando el ingenioso manchego se topó con la mas desgraciada de las suyas en topar con unas desalmadas yeguas que tambien pusieron á punto de muerte á su cabalgadura.

Lléveme el diablo que no queria que me llevase, dijo muy enojado el bachiller, si no os vais en este punto con vuestro don Quijote cien leguas mas allá del infierno, que desde que os saludé, todas las malas venturas que hay en la tierra han comenzado de llover sobre mí, ni mas ni menos que si fuérades cédula de excomunion, que esto si que no solo es ventura, sino venturon llovido. Y con esto porfiaba, aunque en vano, para levantar á su cuartago, el cual de mal ferido y ciego no se podia levantar, sino que cada y cuando que el bachiller le tiraba de las riendas, meneaba un pie ó una mano, dando señas de muerta vida. De donde vine á colegir lo mucho que pueden uñas de mula, defendiendo los fueros de su honestidad y que no le metan gato por libre, como venteros, los malos viciosos que con almidonadas razones y oliendo á ámbar, almizcle y algalia, por conseguir sus lascivos pensamientos ponen en tanto estrecho y á tanto riesgo las vidas y aun el ánima. Y viendo el mal recado del cuartago y que ya el sol iba declinando para trasponerse en los montes y dar en el mar, despedime muy á lo cortesano del lacerado de mi bachiller: el cual con el grande y estéril trabajo de poner en cobro su cabalgadura, ni me oyó, ni me vió partir, ni aun cuando me viera, le era ya posible acertar con las palabras, segun que del enojo y

pesadumbre tenia trastrabada la lengua. Allí quedó braveando y poniendo sus quejas sobre las estrellas, y nunca mas supe del, ni lo procuré y aun todavía me parece escuchalle. Desta suerte subiendo en mi honesta mula, tomé la vuelta de Toledo en aquella hora. La del alba seria cuando entré por sus puertas, y comencé de caminar por sus calles y fuime derecho en casa de un mi amigo à tomar posada; donde proponiendo en mi pensamiento lo que habia de hacer, determiné de escribir esta mi aventura para desengaño de muchos que ven en el ingenioso hidalgo don Quijote lo que el ingenioso hidalgo don Quijote no es; y por eso quise llamar à este librito *Buscapié*, para que aquellos que busquen el pie de que cojea el ingenioso manchego, se topen (Dios sea loado) con que no está enfermo de ninguno, antes bien muy firme y seguro en ambos para entrar en singularisima batalla con los necios murmuradores, sabandijas que para su daño alimenta toda bien ordenada república. Y con esto si he acertado à darte gusto, lector amigo, yo lo tendré muy grande en haberte servido, con tal que no se te pasen de la memoria estos mis advertimientos. Y Dios te guarde (ZZ).



FIN DEL BUSCAPIÉ.